

Para Margarita, de su eterno alumno

Oscar M. Esquisabel

Universidad Católica Argentina, CONICET, Universidad Nacional de La Plata

Mis primeros encuentros con Margarita fueron en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en La Plata, hace unos cuantos años, allá por 1977. Yo había ingresado para formar parte del personal de la biblioteca y, más o menos contemporáneamente, Margarita se hizo cargo de Filosofía Moderna, que había quedado sin profesor responsable. En ese momento yo estaba precisamente cursando el tercer año de la carrera y, por esa razón, me correspondía inscribirme en Filosofía Moderna. No obstante, ya había trabado conocimiento con ella un poco antes, ya que, como mi tarea en el Departamento era la de inventariar todo su patrimonio bibliográfico, que era considerable, Margarita aprovechaba mi conocimiento de primera mano de la ubicación de los libros para solicitarme la búsqueda de títulos no tan fáciles de hallar, porque no todo el patrimonio bibliográfico del departamento había pasado por el proceso de catalogación y mucho menos las revistas. Así fue como comencé a conocer no sólo a la académica, sino también a la persona, con todo el despliegue de ingenio, cordialidad y gentileza, con toques de fina ironía, de que hacía gala Margarita. Son inolvidables sus ingeniosas y chispeantes conversaciones con otros docentes del Departamento, como Emilio Estiú, Mario Presas y Ezequiel de Olaso, para nombrar algunos. No obstante, las cosas podían salirse un poco de control si en la charla se inmiscuía repentinamente Carlos Adam, el bibliotecario “en jefe” del

Departamento. Era difícil, entonces, que los participantes pudieran resistir los accesos de risa. Recibíamos la visita de Margarita dos veces a la semana y no era raro que nos regalase con alguna sorpresa comestible que había comprado de camino para amenizar las conversaciones, especialmente con Adam. Hay recuerdos algo tristes, también. Ningún platense de cierta edad que se precie de serlo dejará de lamentar nunca el incendio del Teatro Argentino, en octubre de 1977, que era algo así como el ícono de la ciudad, lo mismo que su Catedral. Pues bien, nunca olvidaré el rostro de consternación y desasosiego de Margarita, que estaba en La Plata durante ese episodio, mientras seguíamos las noticias minuto a minuto por la radio.

Pero, como dije, no sólo conocí a la persona, sino también a la profesora. Ese mismo año disfruté de las magníficas clases de Margarita, como alumno de Filosofía Moderna. A diferencia de los planes de estudio actuales, que tienden a acortar las materias, focalizándolas en núcleos temáticos, Filosofía Moderna era una materia anual, de manera que Margarita disponía de mucho tiempo para desarrollar un programa bastante abarcador, que, gracias a sus conocimientos y dotes docentes, se hacía atractivo y desafiante. Por supuesto, como todo profesor, Margarita tenía sus preferidos. Recuerdo como si fuese hoy que para ese año se había propuesto seguir como hilo conductor el problema de la sustancia. Así es que comenzó con una reseña de los lineamientos principales del Humanismo y la filosofía natural del Renacimiento, deteniéndose un poco en el exótico Giordano Bruno. No obstante, el siglo XVII, con Descartes brillando en su centro como un sol, constituyó la primera detención principal. Fue, se podría decir, un *tour de force*, porque abordamos las *Meditaciones metafísicas* en su totalidad, junto con buena parte de las objeciones, así como el primer libro de los *Principios de Filosofía*. Recuerdo el entusiasmo que nos comunicaba Margarita al comentar las obras del a veces cáustico Señor de Perron. Una vez concluida nuestra inmersión en la obra de Descartes, venían Spinoza y Leibniz. La *Ética* constituyó el núcleo fundamental en torno del cual giraron las exposiciones sobre el filósofo holandés, mientras que el *Discurso de Metafísica*, los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* y la *Monadología* fueron las bases de nuestra aproximación, bastante detallada, al bibliotecario de Hannover, amenizada por alguna que otra anécdota de su vida en las cortes de Europa. Al respecto, tengo que confesar que las clases sobre Leibniz pusieron en mí los primeros gérmenes de lo que, más tarde y con el apoyo de Ezequiel de Olaso, primero, y de Guillermo Ranea, después, se convirtió en el principal derrotero de mi vida académica. En efecto, salía de las clases de Margarita cavilando sobre la cuestión de la sustancia, la necesidad, la contingencia y la concepción leibniziana del análisis infinito de las verdades: ¿cómo podía ser que no terminase todo en un necesitarismo brutal, casi como el de Spinoza? He ahí la

inquietud que los encuentros semanales con Margarita plantaron en mi ánimo. Sea como fuere, finalmente llegamos a los filósofos de la isla, del otro lado del Canal de la Mancha; y fue entonces cuando Margarita desplegó su pasión filosófica más intensa. Locke era nuestra primera parada y su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. A pesar de ser una obra algo excesiva, Margarita supo captar sus núcleos significativos. Siguiendo el hilo conductor del problema de la sustancia, nos detuvimos particularmente en el análisis de la cuestión del “sustrato incognoscible” en el que concluye Locke. Le siguió Berkeley y sus *Principios del conocimiento humano* para culminar, finalmente, en el *Tratado de la naturaleza humana*, de Hume, donde permanecemos bastante tiempo, analizando sus distintos aspectos. Así como con Descartes, Hume fue objeto de un minucioso escrutinio. No sólo examinamos sus conceptos fundamentales, sino que, más allá de abordar la elucidación humeana de la sustancia, la guía segura de Margarita nos llevó por el intrincado camino de la justificación humeana del principio de causalidad, que no es nada sencilla y se aparta bastante de las explicaciones usuales basadas en la mera regularidad. Fue gracias a Margarita que aprendimos a reconocer en Hume un pensador analítico y riguroso. Ya por ese entonces Margarita estaba por publicar su magnífica traducción del libro I del *Tratado*, la que finalmente pudimos obtener a fines de 1977. Recuerdo el disgusto que le provocó enterarse de que la Editora Nacional, de España, ese mismo año publicó los dos libros del *Tratado*, traducidos por Félix Duque, porque, creo recordar, había traducido o al menos estaba a punto de concluir la traducción del segundo libro de esa obra.

Un breve repaso de la Ilustración francesa y alemana sirvió de entrada al idealismo alemán. Comenzamos, como es de rigor, casi, con la *Crítica de la razón pura*, después de reseñar los aspectos más importantes del período precrítico del filósofo regiomontano. Las analogías de la experiencia, especialmente la primera, la de la sustancia, fueron la meta de los análisis en clase. Para ello, debimos pasar por la estética trascendental, la analítica trascendental y, particularmente, la deducción y el esquematismo trascendentales. Otro *tour de force* que Margarita supo cumplir con destreza y claridad docente magistral. Todo aquel que haya pasado por las horcas caudinas de la *Crítica de la razón pura* sabe bien de qué hablo. No abandonamos a Kant sin haber repasado los puntos fundamentales de la dialéctica trascendental, especialmente la cuestión del Ideal de la razón pura, y sin haber visto los aspectos centrales de las otras dos críticas. Finalmente, nuestra última estación fue, cosa poco frecuente, la obra de Hegel. A pesar de que estábamos prácticamente hacia el final del año lectivo (y todo profesor sabe muy bien lo que eso significa en lo que respecta a la capacidad de atención de sus estudiantes), Margarita logró que no bajáramos la guardia en lo que respecta a interés y dedicación, ni más

ni menos que con un filósofo que es la pesadilla no sólo de los estudiantes, sino también (¡y quizá sobre todo!) de los profesores. Abordamos principalmente la *Fenomenología del espíritu* y la *Ciencia de la lógica*. De la primera, recuerdo que examinamos la introducción y llegamos prácticamente a la dialéctica del amo y del esclavo, mientras que de la *Ciencia de la lógica* comentamos fundamentalmente los capítulos introductorios, en los que Hegel presenta la justificación de su obra. Ensayamos seguir algunos pasos de su dialéctica del ser y terminamos con un esquema del desarrollo dialéctico que guía los tres libros. No fue sencillo, pero se puede decir que Margarita superó óptimamente esa ordalía filosófica que es exponer de una manera comprensible a Hegel.

Terminamos así el curso de Filosofía Moderna con nuestros cuadernos llenos de notas, sugerencias y preguntas para seguir estudiando e indagando. Así es que pudimos decir que empleamos nuestro tiempo de la mejor manera, conducidos por la experiencia y el *timing* certero y ajustado de nuestra guía, a quien nos sentimos obligados a hacerle justicia en las instancias de los exámenes finales, un tiempo después. Todos los participantes del curso concordamos en ese sentimiento tan característico de que “no podíamos fallarle a Margarita.”

En los años siguientes, seguí encontrándome con ella en el Departamento de Filosofía y también, en parte gracias a su estímulo, así como también al de Ezequiel de Olaso, en las reuniones del Centro de Investigaciones Filosóficas. Así continuamos, hasta que, finalmente, contraí matrimonio y me trasladé a la Universidad Nacional del Sur, a mediados de la década de 1980. A mi regreso a La Plata, en los primeros años de la década de 1990, Margarita hacía tiempo que había dejado la cátedra de Filosofía Moderna en La Plata, que en ese momento estaba a cargo del Dr. Guillermo Ranea. No obstante, continuamos encontrándonos de vez en cuando en las reuniones del Centro de Investigaciones Filosófica, en las que pude comprobar que mantenía el brillo de su inteligencia e ingenio incomparables.

Quizás valga para los primeros años de formación académica y profesional lo mismo que se dice de la niñez, que de ella conservamos los recuerdos más intensos y vivos y que lo que en ella hemos experimentado será lo que nos trace en buena medida los senderos de nuestras vidas. Si ello es así, mi encuentro con Margarita en esos años de formación, no me cabe duda alguna, han sido determinantes en buena medida para los caminos que he elegido seguir en la vida académica. Y también, debo decir con nostalgia, con su partida, inevitable al fin y al cabo, también se ha ido una parte de mí.